# Cervantes y *Don Quijote* en las Indias

**Belisario Betancur**[1]

*Las Indias, ...refugio y amparo de los desesperados de España...* (Cervantes)

## I. LAS ENSOÑACIONES

A pesar de que nunca tuvo bienes cuantiosos de fortuna, no era de miseria la situación económica de Don Miguel de Cervantes Saavedra por el año de 1590, cuando decidió "pasarse a Las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España", según escribiera entonces. Había sido paje de eclesiástico y soldado raso en la batalla de Lepanto en la cual perdiera el brazo izquierdo; cinco años prisionero de los turcos en Argel, de donde regresó pobre y enfermo; marido incomprendido e infeliz y amante entusiasta; comisario real de cereales y de aceite en Andalucía.

No era rico en aquel 21 de mayo de 1590, pero tampoco pobre y menos aún pobre de solemnidad, según pregonaba una cierta aura extendida por el romanticismo peninsular, la cual creía que si agrandada la pobreza necesariamente aumentaba la grandeza. Y no era pobre porque como alcabalero recibía un salario entre 10 y 16 reales al día: se sabe que en los años de 1585 a 1602 Cervantes recibió como salario en dicho empleo 3600 reales por año, es decir, 300 por mes y 10 por día. Que no era poco puesto que el capellán del duque de Béjar (a quien Cervantes dedicaría la edición príncipe de *El Quijote*) ganaba 1176 reales; Esteban de Garibay ganaba 2353 reales como cronista real; los profesores de la Universidad de Valladolid (la que mejor pagaba), 5500 reales; un consejo del rey Felipe III, ganaba 11764 reales libres de impuestos. Además, Luis Astrana Marín en los 7 volúmenes de su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes, con mil documentos inéditos y numerosas ilustraciones*, sostiene que con 50 reales al mes se podía alquilar una casa; la comida en una venta, incluyendo la cama por una noche, valía un real; y con medio real se pagaba la tarifa de una prostituta común; doce huevos costaban un real y dos maravedíes (un real tenía 34 maravedíes); una gallina dos reales; y la entrada a los corrales de comedias para una pareja valía medio real desde la parte posterior de los patios y sentados un real más[2]. Y, como antes se dijo, Cervantes recibía 300 reales al mes en promedio, a más de los 1336 reales que recibió por *La Galatea* publicada en Alcalá de Henares en 1585, año en el cual contrajera matrimonio con Catalina de Salazar y Palacios.

Por consiguiente, Cervantes no sufría estrecheces, pero disfrutaba con ensoñaciones. Quería viajar a Las Indias. Había leído algunos de los cronistas de Indias, puesto que desde 1516 circularon en Alcalá las *Décadas* del sacerdote italiano Pedro Mártir de Anglería, que aquel humanista enviara como cartas separadas a personalidades de la península, quizá Cervantes entre ellas; y desde 1519 circulaba la *Suma Geográfica* del bachiller Martín Fernández de Enciso; en 1526 apareció en Toledo el *Sumario de la Historia natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo; la primera parte de la *Crónica del Perú* de Cieza de León había sido publicada en 1553; la *Historia de las Indias y la Conquista de México*, de López de Gómara, había aparecido en 1533, y las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de Don Juan de Castellanos, habían sido publicadas en Madrid en 1589. Y conocería de viva voz relatos de *indianos*, de asturianos y de gallegos que habían regresado ricos, después de hacer la América. Además, su compañero de combate en la batalla de Lepanto, Pedro de Acuña, quien había sido nombrado gobernador de Cartagena de Indias, le escribiría epístolas de incitación.

Gozaba con ensoñaciones don Miguel. Quería viajar a Las Indias, además, porque en sus mocedades había visto llegar a

Sevilla, conocidos y aún amigos que regresaron cargados de oro después de haber salido sin segunda muda. Pero, principalmente, quería viajar en pos de lo desconocido; de lo *real maravilloso* que narraban los viajeros; de utopías que eran la comidilla en todas las tertulias peninsulares.

## II. SOLICITUD Y MÉRITOS.

Lo anterior explica el acento apremiante del Memorial dirigido por Cervantes al Consejo de Indias el 21 de mayo de 1590, en solicitud de un empleo en Las Indias, Memorial en el que expresaba:

> ...que ha servido a S. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veintidos años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo; y al año siguiente, fue a Navarino y después a la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas del señor don Juan y del Duque de Sessa para que S.M. le hiciese merced, fue capturado en la galera "Sol", él y un hermano suyo; que también ha servido a S. M. en las mismas jornadas; y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos; y después de libertados fueron a servir a S. M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz, y ahora están sirviendo y sirven a S. M. el uno de ellos en Flandes de Alférez; y él Miguel de Cervantes, fue el que trajo las cartas y avisos del alcalde de Mostagán y fue a Orán por orden de S.M; después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara como consta de las informaciones que tienen, y en todo éste tiempo no se le ha hecho merced alguna. Pide y suplica humildemente, cuando pueda a V. M, sea servido de un oficio de Las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacantes, que es el uno la Contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la Gobernación de Soconusco en Guatimala, o contador de las galeras de Cartagena, o Corregidor de la ciudad de la Paz, que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced, lo recibirá, porque es hombre hábil y suficiente benemérito para que V. M le haga merced, porque su deseo es continuar siempre al servicio de V. M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibiría muy gran bien y merced.

El frío Consejero Ponente Núñez Marquedo contestó el 6 de junio al apurado solicitante con una escueta frase burocrática: "Busque el peticionario por acá en qué se le haga merced".

Pero no hubo en el reino en qué se le hiciera merced. Podían más las intrigas cortesanas que las peticiones del escritor. Sólo las ilusiones navegantes pudieron hacerse a la mar. La procela de las ensoñaciones desencadenaba el infortunio y desencanto de Cervantes, quien en 1592 habría de ir a la cárcel durante tres años por problemas de cuentas en Castro del Río, primero, y en 1597 en Sevilla, prisión esta última en donde comenzaría a escribir *El Quijote*. Si bien en Argamasilla de Alba sostienen que fue en su prisión allí, en la Cueva de Medrano, donde escribió el comienzo.

## III. DON ANTONIO QUIJANO ESCRIBE SOBRE CERVANTES.

¿Qué habría pasado con *El Quijote*, si Cervantes hubiera recibido el nombramiento que deseaba por un empleo en Soconusco, hoy provincia de Chiapas en México? ¿O si lo hubiera recibido para La Paz, en el virreinato del Alto Perú, hoy Bolivia? ¿O para Santafé de Bogotá o Cartagena de Indias, en el Virreinato de la Nueva Granada?

El escritor colombiano Pedro Gómez Valderrama describe como positiva la respuesta a la petición de Cervantes. En el cuento "En un lugar de las Indias" de su libro *La procesión de los ardientes*, dice que el Relator del Consejo de Indias Núñez Marquedo puso sobre la epístola de Cervantes no una escueta negativa sino esta clara aceptación: "Vaya el peticionario de contador de las galeras de Cartagena de Indias". Ese era uno de los cuatro empleos que Cervantes solicitara. Don Miguel viajó, entonces, a las Indias, agrega el varias veces ministro y embajador de Colombia en España, que el mismo día en que le fue discernido el cargo a Cervantes, Núñez Marquedo puso sobre otra petición de un tal Alonso Quijano, estas palabras: "Busque por acá en qué se le haga merced".

Y buscó qué hacer don Alonso. Pero no en la burocracia de la Corte, sino en el relato que escribiría por su cuenta sobre el viaje de Cervantes, tomando las referencias que su precario conocimiento le presentaba sobre los descubrimientos de los navegantes, los informes enviados a la corona por los propios descubridores, y conocidos de oídas por don Alonso, hasta las leyendas que corrían de boca en boca sobre los primeros Cronistas de Indias. No era Quijano un erudito, pero sí un imaginativo. Y un soñador.

## IV. LA MULATA Y EL MAR.

Veamos la versión de Gómez Valderrama:

> Don Alonso comenzó a escribir. Quería dedicar tiempo a su historia sobre el autor fracasado que iba a enterrar su amargura en los extraños lugares del Nuevo Mundo. Aunque su versación en el tema no pasaba de las generalidades, estaba seguro de que a base de imaginación, mejor que de estudio, iba a lograr el prisma a través del cual surgiesen los colores correctos para su cuadro. Abierta su ventana al sol moribun-

do de la tarde manchega, trazó con decisión la primera frase de su relato. Los oros de la tarde se estrellaban contra el polvo pardo y envejecido del camino. En cambio, de la hoja blanca en el cual escribía la mano de hidalgo, iban saliendo los esplendores de un trópico encendido, una especie de devorador de hombres situado en el otro lado del mar.

[...] Don Miguel empaca sus breves pertenencias –prosigue el relato de don Alfonso Quijano, según el cuento de Gómez Valderrama–: hojas y hojas de libros inconclusos, unos cuantos jabones y calzas, el espadín que le acompañó en Lepanto contra los turcos, una daga italiana cincelada. Y así se embarca por fin, sale de Sevilla este año de 1590, encomendándose a la Virgen del Mar para la larga travesía del galeón de su majestad. La nao, el galeón "Santiago", zarpa por fin, con rumbo a Cartagena.

[...] Para don Miguel, la llegada a un puerto caribe como Cartagena de Indias es un descubrimiento inolvidable [...] Don Miguel piensa que acaso mejor hubiese sido llegar un siglo antes, con el propio Colón, para ver cómo era la realidad de estas tierras antes de que el español llegara, les sacara el oro y las mujeres, y las construyera a imagen y semejanza de España, con calles angostas y retorcidas para que el viento de invierno no se cuele, aquí donde el único invierno es una lluvia caliente que pega la ropa a la piel.

[...] La visión siguiente que traza don Alonso, es la de aquel momento en que don Miguel empieza a convertirse en indiano. Todas las tardes, después de la revisión del último barco, sale a la Vinería del Madroño, a jugar con algunos amigos un tute inevitable, salpicado de un tintorro de pésima calidad. Llegan las ocho de la noche y se encamina a casa... Don Miguel simplemente ha comprado una cama, un armario y un par de sillas, las cosas de cocina y los muebles para la mulata que le sirve.

[...] Y parece que ciertamente la mulata le haya dado o puesto algún hechizo, porque el hombre cambia. No quiere ya salir, toma su vino, cada vez más, y se queda en los brazos de Piedad en el sopor de la noche caribe. Otras veces, arranca con ella hacia playas retiradas, y se queda, callado, mirándola bañarse desnuda, mientras pasan las horas y los barcos esperan. La ciudad, los escuchas de la Inquisición, el Obispo, el brazo secular se interesan en el caso [...] Poco a poco van llegando las noticias a Sevilla, van acumulándose en las mesas de los secretarios [...] Las cosas siguen de mal en peor. Nadie en Cartagena sabe de los humos de escritor que tenía don Miguel, porque nadie lo ha visto escribir nada, con excepción de los papeles de su oficio, y aún esos mal y con prisa excesiva. Se descubre que es escritor, porque al darle el tabardillo y ponerlo a las puertas de la muerte, sin recibir auxilio espiritual, porque no pueden curas entrar a una casa manchada de pecado, el médico y sangrador le oye, en su delirio, hablar de tales cosas. En su misma pieza, hay un legado grande que él explica ser de obras suyas escritas antes, y dedicado a empolvarse, mientras tiene la serenidad de espíritu para la tares de ordenarlas.

[...] El paso más trágico del relato de don Alonso, es el momento en que don Miguel, hebetado por las enfermedades, sin voluntad de reaccionar, sin deseos de regresar a la madre patria, consumido en el alcohol y la sensualidad siniestra de la mulata, llega a un despego tal de todo, que nada le importa [...] Pero el síntoma mayor, está en el relato que hace el ingenioso hidalgo don Alonso, del momento en que el médico pregunta a don Miguel qué ha hecho con el gran paquete de su obra literaria, y don Miguel, indiferentemente, responde que lo ha dado a Piedad, quien lo ha utilizado para encender el fuego. "Debe quedar –murmura– algún soneto". Se acerca ya el final melancólico, en el cual el hombre se disuelve en el trópico. Don Alonso, según parece, les dedicó largas horas a las poquísimas frases que forman la descripción de esa parte. El final, diríamos, son apenas unas leves ondas en el agua azul del Caribe.

[...] Pero ese no es el final. El final verdadero, lo encuentro esta tarde, y es una noble escena en una tarde de La Mancha, con la serenidad de la austeridad abolida, en que don Miguel de Cervantes llega a visitar a don Alonso Quijano, autor del relato, y don Alonso le lee el texto de la aventura de ultramar [...] Don Miguel de Cervantes se queda en silencio, mirando por la ventana hacia la tierra parda de la Mancha, meditando largamente en todo lo que le habría ocurrido si se hubiese ido a Cartagena de Indias, en el Nuevo Reino de Granada[3].

## V. EL INCIERTO FINAL DE DON QUIJOTE

A pesar de las ensoñaciones tiernas de Gómez Valderrama, no viajó a las Indias, pues, don Miguel de Cervantes, porque no hubo un empleo para el letrado, en una corte que se movía entre los favores a los validos y el despilfarro en ostentaciones de todo género. Quizá por ese desencanto tan sólo tres veces habla del Nuevo Mundo en *El Quijote*, que antes vimos cómo lo conocía en los Cronistas de Indias. No fue posible el viaje al escritor, pero más tarde viajaría el Ingenioso Hidalgo en persona. Veamos cómo.

Un mes después de que se vendiera la primera edición de *El Quijote* en las librerías de Madrid, editada por Juan de la Cuesta, en febrero de 1605 viajaron a Cartagena de Indias cien ejemplares de la obra, enviados desde Sevilla a don Antonio Méndez o Diego Correa, según consta en el registro de la contratación conservado en el Archivo de Indias y fechado el 31 de marzo de 1605. Pero no ha quedado rastro alguno de tales ejemplares[4]. Tampoco ha quedado rastro del itinerario seguido por Don Quijote, ya en Las Indias. Pero hay numerosas pruebas testimoniales de que se le vio en el Nuevo Mundo.

Sea lo primero establecer que el capítulo LXXIV y último de *El Quijote*, se describe cómo, tras cerrar el testamento llegó el último instante para el Caballero de la Triste Figura:

...después de recebidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de libros de

> caballerías, hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballería que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote; el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí para ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

No se sabe, por tanto, dónde fue enterrado Don Quijote, porque no se sabe a ciencia cierta si muriera, ya que según Cide Hamete, "nunca había leído en ningún libro de caballería que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano". Si faltasen consejos para sembrar más dudas sobre la muerte misteriosa de Don Quijote y la posibilidad de nuevas aventuras, sin que nadie pregunte, Cide Hamete previene a su pluma que ha dejado colgada de una espetera y de un hilo de alambre, para que allí viva luengos siglos. Si presuntuosos y malandrines historiadores no la descuelgan para profanarla, haciendo salir de la huesa a Don Quijote para una tercera jornada y salida nueva.

## VI. LA TERCERA Y ÚLTIMA SALIDA DE DON QUIJOTE

> Nos gusta pensar que Don Quijote –dice el escritor colombiano José Hurtado García en su libro *Don Quijote encadenado*– frente al mar de Barcelona, como Bolívar, el otro Quijote, más tarde en Santa Marta hubiese dicho a Sancho: *Sigamos hacia América, que aquí ya no nos quieren.* Porque si el Libertador se moría contemplado el desplazamiento de sus ideales políticos, Don Quijote se sentía ahogado en España, entre los cortesanos, los oportunistas, los exploradores. No había campo para sus proezas[5].

Pues bien, o porque una trama urdida entre el frustrado viajero a Las Indias, don Miguel de Cervantes, y el bachiller Sansón Carrasco, y la sobrina y el cura y el fiel escudero Sancho hubieran preparado una nueva salida, o porque las ensoñaciones y necesidades de idealismo, desinterés y nobleza de los pueblos recién descubiertos requirieran de la presencia y de las hazañas del gentil caballero, lo cierto es que don Quijote fue a dar con su humanidad a Las Indias. Al parecer, se embarcó en Palos de Moguer, de donde saliera un siglo antes el Gran Almirante de la Mar Océana, Cristóbal Colón. Viajó en la Carabela del Virrey Blasco Núñez Vela, quien iba al Perú a tomar cuentas a don Francisco Pizarro. En Túmbez se enroló con don Sebastián de Belalcázar, quien viajaba a la Nueva Granada y quien había de fundar la ciudad de Popayán en donde, finalmente, sentó sus reales Don Quijote.

## VII. LA RAZÓN DE DON QUIJOTE.

En Popayán, hermosa y procera ciudad universitaria al sur de Colombia, lo encontró el excelso poeta Guillermo Valencia, quien dijo:

> En una noche fría, tormentosa y oscura
> de esta breve ciudad y al rayo
> intermitente
> de un farol moribundo que avisaba a la
> gente
> los peligros de un bache o el montón de
> basura,
>
> topé con un pulido señor (yo era
> estudiante;
> ceñía capa, sombrero alón y fina daga)
> y él exhibía el más exótico talante
> que es posible soñar para esa noche
> aciaga.
>
> Alto, huesudo y ágil –frisaba los
> cincuenta–
> negros mostachos graves y largos y
> caídos;
> frente espaciada y comba, color
> amarillenta,
> y los ojos como unos carbones
> encendidos.
>
> Flacas eran sus manos, de afilada
> nobleza,
> ágiles, sarmentosas y simulaban garras
> por el velludo envés: dignas en su fiereza
> de estoques y rodelas, dardos y
> cimitarras.
>
> Relievaba un jubón el pulcro pecho
> hidalgo;
> las medias ya rompían dos rodillas
> puntudas,
> y en el severo porte se revelaba un algo
> de grandioso y risible, que me sacó de
> dudas.
>
> ¡Don Alonso! –le dije–. ¡Vive Dios! Sí
> es extraña
> vuestra presencia aquí, muerto hace tantos siglos.

–¿ Muerto yo? ¡Estoy más vivo que en un solar de España
entre duques y dueñas, gigantes y vestigios!

Alenté para el Bien, pero la turba ignara
no descifró el enigma de mi falaz locura:
Sublimar lo ruin convirtiéndolo en ara;
dar alas al gusano para vencer la altura.

Pugné por elevar lo común y mezquino
ciñiéndose la toga de lo insigne y
procero
porque oyesen rugir al león en el pollino,
y en el gañan mirasen un alto caballero.

Magnifiqué las cosas para darles sentido
a la Vida, al Dolor, al Combate, a la
Ley,
y no ver mustias pajas cuando se mira un
nido
ni ver divinos lampos cuando se mira un
rey.

Agiganté los seres de este mundo
pequeño
para valorizar en él toda incidencia;
para borrar las lindes que separan el
sueño
de la vigilia; el vago pensar, de la
conciencia,

Y me enterraron presto, sin cortar con la
extraña
fuerza que me dio a mi vida Don Miguel (que
Dios guarde).
Como soy inmortal, pude fugar de España
en Palos de Moguer, sin ruido ni alarde.

–Y siendo así –le dije– ¿para qué el
sacrificio
estéril? Y él, airado-: Para que la
existencia
tenga un noble valer que nos haga de la conciencia-.

Y el triste caballero díjome: –¡Ven conmigo!–
y me llevó hasta el ápice de la oriental
colina
que guarda la ciudad, y agregó: –En este
abrigo
febril! Hay el ensalmo de una misión divina.

Al andar de los años siempre surgirá un
hombre
con ese ardor pujante que mi cerebro
inflama:
aquí mora mi espíritu libre y vivificante;
yo estoy entero aquí con mi nombre y mi
fama.

El dos veces presidente de Colombia Alberto Lleras, en su *Oración para que Don Quijote no huya,* lo recuerda en Popayán, con su adarga, escudo, lanza, escarcela vacía, endriagos, entuertos, de palabra cuidadosa y razonamiento claro. Lo dejó allá en ese ambiente donde el sueño, la ilusión, la quimera, alientan la alegría de mujeres y de hombres.

> Y en la plaza mayor, bajo el árbol que arañaba el cielo impasible, quedaron tus huesos, colocados allí por las manos recias de los fantasmas. ¡ Y qué bien estaban allí![6]

El poeta payanés José Ignacio Bustamante dice en su ensayo "La tumba de Don Quijote":

> Dulcinea, que quería que su héroe viviera la muerte en carne y hueso, y no en cenizas que se dispersaran en el viento del olvido, llegó al fin adonde vieron que el cuerpo de Don Quijote erguíase y subía lentamente hacia el sol, con un silencio religioso, pues la multitud había enmudecido. El pueblo, arrodillado, miraba cómo ascendía el Bravo Caballero de los Leones, hasta perderse en las inmensidades del cosmos. Las ánimas del Cid Ruy Diaz de Vivar, de Bernardo del Carpio, de Ricardo Corazón de León, de Carlo Magno y de don Sebastián de Belalcázar fueron prevenidas para recibir en su determinado momento, en las vegas del Cauca –cercanas a Pubenza– el cadáver astronauta del Señor de la Mancha. En efecto, seis días después de los acontecimientos que dejamos relatados, el cadáver de Don Quijote era recibido en el lugar ya dicho, y conducido en brazos del Cid hasta "un roble de añosa virtud", donde según el poeta, recibió cristiana sepultura.

Y el poeta Rafael Maya, también de Popayán, dice así en su elegía "Don Quijote muere en Popayán"[7]:

Monótonas campanas anunciaban el Angelus
de la tarde, y algunas ventanas se aclaraban
lanzando breves marcos de claridad dudosa
sobre el suelo arenoso de la desierta calle,
cuando corrió la voz de que el manchego excéntrico
huésped de Popayán desde hacía varios años,
y que habitaba un sordo caserón, con un patio
que tenía dos tinajas sembradas de geranios,
estaba agonizando, sin otra compañía
que su perro de caza y una sirvienta indígena
que, ya cuando el Hidalgo descansaba en el lecho,
suspendía de un clavo, en la pared, la espada,
y le ataba un pañuelo de seda a la cabeza.

¡Oh! –dijo Don Quijote– no me matan dolencias
del cuerpo, sino una fatal melancolía
que tengo aposentada en la mitad del alma.
Yo fui vencido un día por ese Caballero
de quien hemos hablado, el de la Blanca Luna,
que no quiso clavarme su lanza en la garganta,
después que hube perdido la honra en mi caída.

En cambio me ordenó reducirme a mi pueblo
por un año, colgando las armas, con olvido
de la caballería. Yo acepté su mandato.

Pero un día, cansado de ese lugar monótono,
y del nocturno diálogo con el Cura capcioso,
me embarqué para América, que era el fácil recurso
de los desesperados, como entonces se dijo.
Burlé la vigilancia del Ama y la Sobrina
y en un día de julio, casi en la misma fecha
rematé mi propósito. Y así llegué a estas tierras.
Estuve en Santa Fe, la de muchas campanas,
Pero el tedioso páramo me fastidió, lo mismo
Que su perpetua pugna de alguaciles y clérigos;
Y llegué a Popayán, solar tibio y pacífico,
Cuya atmósfera pura despejó mi cerebro.
Me encantaron las calles, que conducen al campo,
Un cerro, que es un juglar con gorguera de encajes.

Y es mi última amargura, cuando falla mi pulso,
El pensar que esta América no pasó por mi mente,
No obstante mi lectura de Platón, y al contrario,
Soñé en tierras quiméricas y en ínsulas extrañas,
Que hoy maldigo. Esta América se anticipó a mi brazo,
Y ahora veo más altas que mi sueño estas cumbres,
Y que más mi ambición, amplios estos confines.

Entró el Padre Grijalba, Párroco formulista,
Junto con Don Anselmo Vidal, que era el Notario.
Horas después moría el payanés manchego
Pensando, al mismo tiempo, en Dios y en su sobrina.
Al expirar, un Cristo rodó sobre las sábanas.
Fue sepultado en una esquina de la Plaza
Mayor, bajo los muros de una torre canónica,
Clásica fortaleza del carácter hispánico,
Que era el último vértice que alumbraba la tarde
Bajo el vuelo de alguna golondrina atrasada.

## VIII. EPÍLOGO. EL TERREMOTO Y LA TUMBA.

En la Semana Santa de 1983 un terremoto destruyó a Popayán. Difícilmente pudo aterrizar el avión presidencial, porque la pista quedó agrietada. Los viejos muros lloraban postrados en las calles centenarias. Cuando llegué a la catedral, la melancolía del *Stabat Mater dolorosa / juxta crucem lacrimosa* humedecía los escombros. De inmediato se dispuso que la vieja universidad, de la cual ha salido una veintena de presidentes de Colombia, dirigiera la reconstrucción. Desgonzado de tristeza en la puerta yacente de la catedral, se impartieron las primeras instrucciones para que la ciudad blanca volviera a levantarse de sus cenizas como nuevo fénix. Fue entonces cuando ingenieros, arquitectos y artesanos me oyeron en breve homilía la misión de buscar con cuidado la tumba de Don Quijote. Y lo hicieron. Sin poderla encontrar. Pero narraban después que oían dulces quejumbres y suspiros hondos invadían el aire pleno de recordaciones.

Y pues el consentimiento universal es criterio de certeza, según dicen los filósofos, la anterior prueba testimonial múltiple acredita que Don Quijote vino a América y que en la hazañosa y pensativa (según Carranza) ciudad de Popayán, frente a la catedral y bajo un roble de añosa virtud, está enterrado el no menos pensativo y hazañoso Don Quijote de la Mancha.

Para concluir repitamos con Rubén Darío:

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de sueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón![8]

## NOTAS:

1 Ex-Presidente de la República de Colombia, 1982-86. Presidente Honorario de la Asociación de Colombianistas.
2 Citado por el historiador Hernando Cabarcas, "El Conjuro de los libros", catálogo de la Biblioteca de Cervantes en la Biblioteca Nacional de Colombia. Bogotá: Impreandes, 1997, 18 y 19.
3 Pedro Gómez Valderrama, *Cuentos completos*. Bogotá: Editorial Alfaguara, 1996, 93-99.
4 Cabarcas, 28.
5 José Hurtado García, *Don Quijote encadenado*. Manizales, Colombia, 1947, 149.
6 Alberto Velásquez Martínez. *Cervantes, contemporáneo e intemporal*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto, 86. Prólogo de Otto Morales Benítez, 19.
7 Rafael Maya, *Poesía*. Bogotá: Banco de la República, 1979, 491.
8 Rubén Darío, *Poesías completas*, Edición del Centenario. Madrid: Aguilar, 1951, 687.